

Convino con Diego en todo,  
 y en medio de su quebranto,  
 entre suspiros y llanto  
 juró que de ningún modo  
 se entregaría á otros brazos,  
 ni su amor desconociera  
 aunque su padre la hiciera  
 el corazón á pedazos:  
 que desafiaba su suerte  
 y esperarla en paciencia  
 más amorosa en la ausencia  
 y en la desgracia más fuerte.  
 «Y en la misma sepultura,  
 (dijo) fiel me encontrarás  
 y aun amorosa verás  
 á tu Isabel de Segura.»  
 A la mañana siguiente,  
 devorando sus enojos,  
 rojos de llanto los ojos,  
 llena de arrugas la frente,  
 en marcha precipitada  
 Diego de casa salió,  
 y sus pasos dirigió  
 á la casa de su amada.  
 Hizo á D. Pedro llamar  
 y retirándose aparte  
 al grave anciano dió parte  
 del proyecto singular.  
 «Señor (dijo) me despido:  
 salgo, señor de mi tierra,  
 voy á lanzarme en la guerra,  
 cinco años de tiempo os pido.  
 Isabel me ama; los dos  
 respetamos vuestra ley  
 yo voy á servir al rey  
 por volver digno de vos.  
 Si venciendo á los infieles  
 lleno de insignias mi pecho  
 mis arcas ganan provecho  
 y ciño heróicos laureles,

espero que no os aflija  
 verme volver de repente  
 y dar á un rico valiente  
 la mano de vuestra hija.»  
 Don Pedro le contestó  
 que su palabra empeñaba  
 y el compromiso aceptaba,  
 y Diego se despidió.  
 Mas D. Pedro en su interior  
 (por ser avaro cruel)  
 decía: «Nunca Isabel  
 querré que alague su amor:  
 todo con tiempo se olvida:  
 Isabel le olvidará  
 y después se casará  
 con quién yo le mande ó pida.»  
 Diego en tanto desolado  
 y deseando batirse  
 corrió al punto á despedirse  
 de su buen padre adorado.  
 Encerróse en su escritorio  
 y jurando serle fiel  
 escribió un largo billete  
 á su querida Isabel.  
 Luego á su padre abrazó  
 que era del honor espejo...  
 ¡Oh cuánto honrado consejo!  
 ¡Cuántos abrazos le dió!  
 También lloraba el galán  
 por su padre y por sus lares,  
 mas apretó los ijares  
 de su gallardo alazán.  
 Armóse de su valor,  
 la rienda al caballo dió  
 y de su patria salió  
 para conquistar su amor.  
 El inclito Diego parte  
 y el lector que ver quisiera  
 la fortuna que le espera,  
 lea la segunda parte.

**FIN**

(Es propiedad)



# LOS AMANTES DE TERUEL

Nueva relación histórica y compendiada de los amores y trágico suceso de dichos amantes don Diego de Marcilla y doña Isabel de Segura

## PRIMERA PARTE

La amistad más franca y pura  
 unía con maravilla  
 á D. Martín de Marcilla  
 y á D. Pedro de Segura.  
 De iguales inclinaciones  
 en sus afectos sinceros,  
 igual lustre en los blasones  
 y en fin buenos caballeros.

Tenían ambos á dos  
 por sola y única ley  
 amar y servir á Dios,  
 su honor, su patria y su rey.  
 Uno á otro se servían  
 con el cariño más fiel,  
 y muy vecinos vivían  
 en la ciudad de Teruel.



El de Marcilla adoraba  
á su hijo llamado Diego,  
quien desde niño mostraba  
en sus miradas de fuego,  
en su honrado proceder,  
en su porte y gentileza,  
que ejemplo podría ser  
de la española nobleza;  
y D. Pedro de Segura  
amaba con alma y vida  
á Isabel su hija querida,  
flor de amor y de ternura  
inocente, cariñosa,  
de muy gentil apostura,  
de celestial hermosura  
y tan pura como hermosa.  
Criados estos dos niños  
casi juntos, se adoraban  
y entre ellos se prodigaban  
mil infantiles cariños,  
y como en aquella edad  
primera de la existencia  
forman amor é inocencia  
toda la felicidad,  
los dos niños la pasaron  
en muy apacible calma  
en esa hermandad del alma  
que ellos mismos se crearon.  
Y así felices vivían  
y de su afecto gozaban  
y entre flores se dormían  
y entre flores despertaban  
Así su infancia pasó,  
y en la edad de las pasiones  
en sus tiernos corazones  
el más puro amor nació.  
Diego sintió el alma arder  
en el fuego del amor:  
sufría cierto dolor  
muy parecido al placer,  
que entre piadoso y cruel  
le daba vida y mataba...  
era amor y el no acertaba  
á decir: te amo, Isabel.  
También en dulce querella  
de amor Isabel gemía;  
también su fuego sentía  
la enamorada doncella,  
que en ambos el mismo afán  
encendió llama amorosa;  
que era Isabel tan hermosa  
como don Diego galán.  
Un día que estaba Diego

conversando con su amada  
sintiendo el alma abrasada  
en el amoroso fuego;  
ante ella puesto de hinojos,  
la mano en el corazón,  
y alzando al cielo los ojos  
la declaró su pasión:  
juróle que su hermosura  
movía en su pecho guerra:  
y era la sola ventura  
que ambicionaba en la tierra,  
y que la amaba de suerte  
que estaba ya decidido;  
que entre la muerte ó su olvido  
preferiría la muerte.  
¡Con cuán turbada atención  
la bella en aquel instante  
con qué gozo de su amante  
escuchó la confesión!  
Al punto le alzó del suelo  
y descubrió sin rebozo  
al enamorado mozo  
el secreto de su anhelo.  
Ambos se participaron  
sus recíprocos temores,  
y de los llantos de amores  
y de sus goces hablaron.  
Despidiose de la hermosa  
don Diego con alegría  
de esperar al nuevo día  
y pedirla por esposa.  
¡Cuan aliviados sus pechos  
aquella noche no hallaron!  
Ambos á dos la pasaron  
desvelados en su lecho.  
Ella no llamaba al sueño,  
que tenía el pensamiento  
en la imagen, el acento  
y en el brío de su dueño.  
Y el sueño esquivaba él  
libre de amantes enojos,  
fijos del alma los ojos  
en los ojos de Isabel.  
Madrugó Diego la aurora,  
mas no madrugó por verla,  
que ansía sólo ver la bella  
que su corazón adora;  
y sin perder ocasión  
se encaminó á la morada  
de los padres de su amada,  
y con cortés atención  
pidiéndola por esposa  
el enamorado Diego,

con la elocuencia del fuego  
de su pasión amorosa,  
fuerte pasión aunque honesta,  
con admiración no poca  
halló en la paterna boca  
tan no esperada respuesta:  
«Diego, eres noble y honrado  
»y te aprecio mucho, Diego,  
»pero que mires te ruego  
»que es asunto delicado  
»el que te traje á mi casa,  
»y ya tu sabes también  
»que es de importancia no escasa  
»y debe tratarse bien.  
»No dudo de tu virtud  
»ni pongo duda á tu amor;  
»esta es la más grata flor  
»que nos da la juventud;  
»mas tu que no eres niño  
»de sobra has de comprender  
»que no basta á una mujer  
»virtud, nobleza y cariño;  
»y á tu demanda importuna  
»la respuesta encontrarás  
»si vuelves la vista atrás  
»y calculas tu fortuna;  
»y pues te sobra nobleza  
»conoce, aunque yo te aflija,  
»si puedo á mi hermosa hija  
»arrojar á la pobreza...  
»No, Diego, no puede ser:  
»te lo digo en conclusión,  
»y advierte que en esta acción  
»sólo cumplo mi deber!»  
Diego á la calle se lanza  
con el alma dolorida,  
llorando al ver convertida  
en dolor toda su esperanza,  
y maldiciendo su suerte  
y su fortuna precaria,  
llamaba á voces la muerte,  
sorda á su triste plegaria,  
pero su llanto pueril  
atajó y en grave calma  
llamó el esfuerzo del alma  
á su pecho varonil,  
y exclamó: ¡Vanos lamentos!  
¿Yo juguete de un acaso  
seré? No, cierran el paso  
á mis honrados intentos,  
dan al orgullo tributo  
con egoísmo cruel:  
cubren de dolor y luto

mi vida y la de Isabel:  
mas pues la fortuna avara  
me arrebató el bien que adoro  
pues sólo me falta el oro  
para arrojar á la cara  
del que burla mi esperanza,  
no me faltarán tesoros.  
Mi patria oprimen los moros,  
yo sabré enristrar la lanza...  
Cubra mi cuerpo la tierra  
si muero en la guerra cruel;  
si vivo y triunfo, Isabel  
será mi esposa: ¡á la guerra!  
Así dijo: y esperando  
á que oscureciese el día,  
ocultando su agonía  
y su dolor ocultando,  
el alma llena de hiel,  
fué silencioso al fin  
á la casa de Isabel,  
que aguardaba en el jardín.  
En sus latidos violentos  
habló el corazón por ellos  
y renovaron aquellos  
amorosos juramentos.  
Deploraron la injusticia  
de los hados inclementes  
aquellas dos inocentes  
víctimas de la avaricia  
y en efecto ¿qué mayor  
bien ni riqueza querían  
cuando en su pecho tenían  
tantos tesoros de amor?  
Marcilla, del corazón  
detuvo el latir violento,  
y á Isabel en un momento  
contó su resolución.  
Trazó con vivos colores  
la esperanza que alentaba  
y de como él esperaba  
ganar trofeos y honores;  
que se mantendría fiel  
y sufriría con paciencia  
los dolores de la ausencia  
siendo amado de Isabel.  
«Cinco años (dijo) y concluyo  
con todo, tú lo verás,  
cinco años y tú serás  
feliz, pues yo seré tuyo.»  
Isabel aunque afligida  
quedó un poco consolada  
y aquella voz tan querida  
escuchaba embelesada.